

La ira (y las ternuras) de Aguirre

Pedro Adrián Zuluaga

Periodista y escritor, pedroadrianzuluaga@gmail.com

Para vivir, lo único que uno necesita frente a sí mismo, más que cualquier cantidad de planes y proyectos, es otra cara humana.

Elias Canetti, citado por Alberto Aguirre

En el célebre reportaje sobre su amigo Alberto Aguirre que Gonzalo Arango publicó en el número 2561 de la revista *Cromos* (de octubre de 1966), el poeta escribió:

Ya no recuerdo cómo conocí a Alberto Aguirre. Él vive en mí como una historia sin pasado. Podría decir, sin exagerar, que lo conocí justo en ese momento terrible de soledad en que un amigo nos salva de la catástrofe. La catástrofe era... yo mismo. Sólo recuerdo que los años más negros, más pútridos de mi juventud, están bellamente, dramáticamente ligados a su amistad.¹

Muchos años después, en el prólogo para un libro intitulado *Cartas a Aguirre (1953-1965)*, que la editorial de la Universidad EAFIT publicó en 2019 en su colección *Rescates*, Alberto Aguirre devolvió el gesto e hizo una estampa inolvidable de ese amigo a quien siempre llamó, con suavidad pero sin condescendencia, poeta.

Gonzalo era delgado y de baja estatura. Si a esas condiciones se añaden aquella dulzura de sus ojos, como traslúcidos, y la ternura que brotaba de su mirada, de sus gestos, de su simple inclinación hacia el otro, se tenía a primera vista la sensación de fragilidad. Se daban otras condiciones. Una alegría, la risa fácil, la palabra pronta e ingeniosa. Y ya una cultura. Y ya una inteligencia, como capacidad para aprehender el mundo. La pronta disposición para el diálogo, el ánimo expansivo. Y por encima de todo, el dolor de los demás.²

No se trata simplemente, y estoy convencido de ello, del juego de lisonjas mutuas tan frecuente en nuestra historia intelectual. La amistad de estos dos hombres fue una celebración de la existencia como plenitud, en esa Antioquia cuyos valores hegemónicos se inclinaban al ahorro y al castigo los placeres: “Yo había logrado, en Gonzalo, el conocimiento de otro, y esto le había dado una riqueza singular a mi vida, y un horizonte más amplio y luminoso” (Aguirre *dixit*)³. Estamos ante dos personas que, en el cenit de su juventud, están lidiando con todo tipo de fardos heredados y tratan de sacudirse el peso de tradiciones muertas que enseñaban cómo ser hombre o cómo ser un hombre de letras y de ideas en esa parroquia roma y chata que se creía era la Medellín de la década de 1960, aunque poderosas corrientes subterráneas la sacudieran.

Los hechos y las leyendas se mezclan indistintamente en las acostumbradas evocaciones que amigos o conocidos hacen de Aguirre, y que forman en torno suyo como una segunda capa vital superpuesta a la que cargaba en su cuerpo y su voz: Aguirre como defensor de oficio de los nadaístas a quienes sacaba de los numerosos carcelazos que sufrieron por desacato a la autoridad y escándalo público; abogado que dio una tenaz batalla para demostrar que en la huelga de la cementera El Cairo en Santa Bárbara –en la década de 1960–,

una niña y once trabajadores fueron asesinados a sangre fría por la fuerza pública⁴; depositario de palabra de los derechos de *El coronel no tiene quien le escriba* y quien publicó su primera edición en forma de libro⁵; librero y editor que luchó de frente contra la censura; único que en Medellín –en la mítica Librería Aguirre de Sucre, entre Maracaibo y Caracas– vendió la incendiaria novela de Félix Ángel: *Te quiero mucho, poquito, nada* (1975), castigada por ventilar otros deseos y otras sexualidades; el amigo que corrió también a ofrecerse a editar *El libro de los viajes o de las presencias* de Fernando González, después de que la Editorial Bedout se negó a hacerlo pues en el libro el Brujo de Otraparte tildaba de hijueputa al expresidente Mariano Ospina Pérez⁶; el madrugador impenitente; el *habitué* de los cafés y billares del centro de Medellín en los que leía una prensa fresca –y alimenticia– como el pan.

Entre tantas anécdotas propagadas por quienes lo conocieron, ha prevalecido la imagen de Aguirre como un hombre recio. “Alberto es, físicamente, un hombre de facciones rudas, masculinas, de una serenidad de montaña. Su pasión arde por dentro como los volcanes”, escribió Gonzalo Arango en el reportaje ya citado⁷. Y también la de un hombre airado. En la Medellín de las últimas décadas, cuando de lejos lo conocí y lo admiré, circulaba el chascarrillo sobre la “ira de Aguirre”, invocada a la vez con reverencia y temor. Su ira consistía, hay que decirlo, en reconvenir con dureza a quienes él consideraba que estaban en el error (en mi caso, conservo un par de correcciones de Aguirre –una en su programa de radio y otra en la columna de

Cromos– como un halago). Era la vehemencia de quien tenía convicciones y no las negociaba.

En honor a esa aparente dureza, de piedra o montaña, César Augusto Montoya llamó *Karaktere Aguirre* a la serie de televisión⁸ que dirigió en 2012 –el mismo año de la muerte de su protagonista– que pasa por todas, o por muchas, de sus facetas profesionales y personales: abogado, crítico de cine, cineclubista, agitador cultural, periodista de agencia de prensa, fotógrafo, comentarista deportivo, columnista, amigo incondicional, espíritu escéptico, persona reacia a cocteles, homenajes y demás banalidades sociales, horizonte ético de una o varias generaciones.

En su larga vida intelectual, que abarca desde la década de 1950 hasta la primera década del siglo XXI, Aguirre practicó el pensamiento “a la enemiga”, en la línea del filósofo de Envigado y su padre espiritual, el maestro Fernando González. Se trataba de destruir mitos con gran alegría creadora. En aquellos años cincuenta y sesenta, Aguirre compartió el escenario local, no sólo con González; también con otras futuras glorias de la cultura en Medellín, que terminaron ejerciendo –o que ya lo practicaban– una especie de sacerdocio en su disciplina: además de los mencionados Arango y González, estaban Fernando Botero o Pedro Nel Gómez.

Al momento de su muerte, en 2012 como ya se dijo, su amigo, el escritor Darío Ruiz Gómez, recordó en un texto publicado en la revista *Semana* que Aguirre “[p]erteneció a la generación

⁴ La masacre ocurrió el 26 de febrero de 1963, siendo ministro de trabajo Belisario Betancur, gobernador de Antioquia Fernando Gómez Martínez y durante el gobierno del conservador Guillermo León Valencia. Ver: “Aguirre y otra trágica mina”: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-4047687> (consultada el 30 de junio de 2023).

⁵ Ya *El coronel* había sido publicado antes en la revista Mito. Aguirre Editor publicó los dos mil ejemplares del libro en 1961, con un *copyright* que luego fue objeto de disputa. La historia la reconstruyó el periodista John Saldarriaga en *El Colombiano* y está disponible en: <https://www.elcolombiano.com/gabo-sigue-vivo/editor-de-el-coronel-no-tiene-quien-le-escriba-habla-1K1729857>

⁶ “Y por la pica lo hacemos en Medellín”, le habría dicho Aguirre a otro de sus grandes amigos: Fernando González. Se refería a la publicación de *El libro de los viajes y las presencias*. Oscar Trujillo Zuluaga (<https://www.facebook.com/hozkar.trujillo>) escribió así sobre este episodio, en un comentario de redes sociales: “La mañana en que la Editorial Bedout le devolvió el cheque que por \$2 mil pesos le había entregado como anticipo y las 19 libretas de carnicero, convertidas en hojas por él mecanografiadas, Fernando González lloró dándole golpes con su bastón al escritorio de Iván de Bedout y diciéndole: ‘No sean hijueputas, no sean hijueputas...’. Aguirre, sin tener idea en aquel entonces de editar un libro se lanzó a la aventura, quizás para evitar que González se fuera del país, ya que después del desplante editorial, lo había decidido con su esposa Margarita Restrepo. [González] Salió como un niño a contarle a Margarita que, ya que Aguirre iba a editar el libro, se quedaban en Colombia”. La primera edición, a cargo de Aguirre Editor, se publicó en 1959.

⁷ Arango, Gonzalo. *Reportajes*, Vol. 1., 254.

⁸ La serie, producida por el Centro de Producción de Televisión de la Universidad de Medellín y a partir de un reportaje en profundidad de Héctor Abad Faciolince, está disponible en YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=99XXSSQEz5g>

¹ Gonzalo Arango, “Alberto Aguirre”, *Revista Cromos* No. 2561, Bogotá (1966): 65. Republicado en *Reportajes*, Vol. 1. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín (1993): 253.

² Alberto Aguirre “Prólogo” en *Cartas a Aguirre (1953-1965)* (Medellín: Universidad EAFIT, 2019), 8-9.

³ *Ibid.*, 47.

que yo llamaría de los años cincuenta, a la que le tocó la aparición de una intolerancia religiosa y cultural muy grande. A esa generación pertenecen Manuel Mejía Vallejo, Carlos Castro Saavedra, entre otros. Ellos fueron los que crearon la Casa de la Cultura de Medellín, y los que lucharon por los festivales populares del libro, tuvieron que pelear contra la intolerancia del medio”⁹.

En esa Antioquia oficialmente pacata y provinciana, sacudida por ocasionales blasfemias y de una intensa vida a contracorriente, Alberto Aguirre se destacó como el intelectual mejor dotado y, sobre todo, como el menos propenso al misticismo de la religión o del poder. Son muchos los que consideran que a ese brillante espíritu racional lo malogró, precisamente, el escepticismo. Así describió Arango ese costado de la personalidad del amigo, que quizá le impidiera emprender el tipo de obras que en esa época significaban una consagración cultural: “Su escepticismo no es gratuito. Viene de muy lejos, de muy hondo, de una vasta experiencia vital, y de una densa formación intelectual”¹⁰. Tal vez esa excesiva conciencia y autocrítica, en algunos momentos, lo paralizara.

Pero qué significa, en su caso, la sospecha de que no hizo todo aquello para lo cual parecía naturalmente dotado. Aguirre no se dedicó a la escritura de novelas o poesía, los géneros que permitían una entrada directa al canon. Nos dispensó, sin embargo, una abundante y consistente obra como columnista de opinión, crítico y ensayista. Desconfió de la gran obra y se prodigó en los formatos menores, incluido el periodismo. *Cuadro* no solo fue el nombre de su columna, que escribió en *Cromos*, *El Colombiano* y *El Mundo*. También fue el nombre de una revista de cine, extensión de su pasión cineclubista y de la cual, bajo su dirección, publicó 8 números entre 1970 y 1979.

La obra de Aguirre merece pues ser reivindicada como un momento paradigmático del periodismo

crítico y de opinión en el país, ejemplar en su vigilancia y sospecha de todo poder. Aunque antologías de sus columnas han sido publicadas en años más o menos recientes, entre ellas *Cuadro: una selección* (Editorial Letras, 1984), *Cuadro-Periodismo crítico* (Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín y Tragaluz Editores, 2011) y *El arte de disentir. Columnas* (Sílaba, 2014), todavía queda mucho por escarbar y estudiar de su obra. Y por supuesto mucho por volver a publicar. Él, cuya impronta como editor en Medellín y Colombia es muy significativa, merece ser editado en las mejores condiciones y, con ese acto, agradecerle la tozudez con la que expandió un medio intelectual mayormente definido por la mezquindad y el parroquianismo, es decir, por la pequeñez.

Si tomamos como ejemplo solo los artículos sobre cine que escribió en *Cuadro*, su propia revista, vemos cómo en ellos brilla con todo esplendor su estilo, sus temas obsesivos y su implacable método de análisis. En su verbo, tantas veces apocalíptico, encontramos un español que pocos dominaron como él. Aguirre fue un gran estilista, pero nunca fue solo eso. En sus columnas de cine enfrentó a la censura –personificada en las juntas de calidad y clasificación–, a la inveterada mediocridad del cine colombiano de la época y al salvaje capitalismo de la distribución y la exhibición en el país. En todos los casos salió perdiendo. Pero su palabra es testimonio de la resistencia y del compromiso de un intelectual. Frente al cine nacional, muchas veces Aguirre desistió¹¹. En una de sus *boutades*, el “decálogo del buen espectador”, incluye no ver cine colombiano como precepto¹².

Con amor y no con odio

No obstante, y para cumplir la promesa sembrada en el título de este breve texto y demostrar también la ternura de Aguirre, quiero terminar con una cita de una columna sobre *La vendedora de rosas*,

quizá en un pausa en la que se comportó a la enemiga o en contravía de su propias prescripciones, y vio cine colombiano. Así –atenuando su voz para ver el detalle pequeño–, en un gesto escrito que es cuidado de sí en el otro y los otros, termina lo que escribió sobre el segundo largometraje de Víctor Gaviria el 24 de agosto de 1998 en *Cromos*:

Y en la película hay, en medio de la cloaca y los desechos, ternura y alegría y sueños y esperanzas. Ese mundo de las niñas en su vivienda de pensión de barrio abajo es como una vida de familia. Se ayudan, se quieren, ríen, sueñan. Y en la noche, vendiendo una rosa o rompiéndole la chapa a un carro, hay una fruición de vida. Son niños, son jóvenes, que por tener tan próxima la muerte, que saben ya ineludible, exprimen la vida para sacarle, aquí y ahora, todo su jugo.

Víctor Gaviria retrata ese mundo, no desde afuera, no con la lente fría de la cámara, sino desde dentro, con sus ojos y su corazón. Logra compenetrarse con esos seres y su realidad. Es compañero.

La vendedora de rosas es una película hermosa y lacerante. Porque ha sido hecha con amor y no con odio.

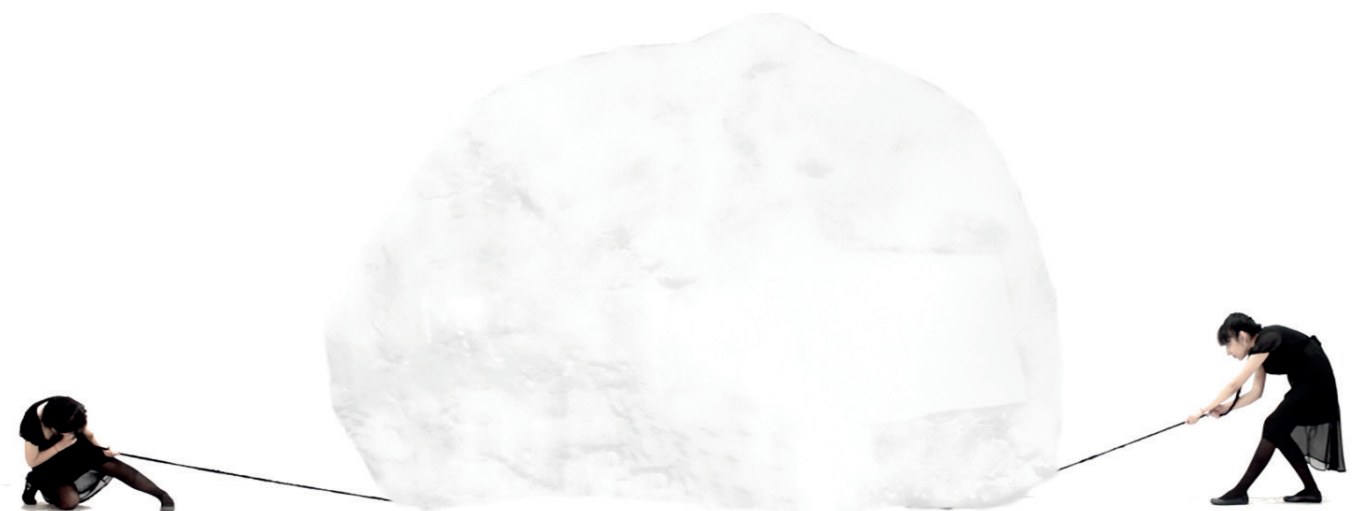
Esta columna sobre *La vendedora de rosas* en la que él mismo –tanto como Gaviria– se vuelve compañero de las niñas y los niños de la calle, así como la estampa crónica que hizo de su amistad con el fundador del Nadaísmo, muestran que en Aguirre la ternura, la compasión, el interés por el dolor de los demás, aparecían sin miserabilismo ni melosería. Eran apertura a la fragilidad del mundo, disposición para los vínculos humanos y maravillamiento ante ese milagro que es a veces el encuentro de dos personas. ■

⁹ El obituario para Alberto Aguirre en *Semana* se puede leer completo en el archivo de la publicación: <https://www.semana.com/alberto-aguirre/264408-3/>

¹⁰ Arango, Gonzalo. *Reportajes*, Vol. 1., 254.

¹¹ O reaccionó con ímpetu. Luis Ospina siempre recordó la manera cómo, en la rueda de prensa del Festival de Cine de Cartagena, en 1982, después de la exhibición de *Pura sangre*, Aguirre se fue lanza en ristre, escandalizado de que se hiciera una película como esa con apoyo del Estado, en su momento canalizado a través de Focine.

¹² Según Carlos Mario Aguirre, esas prescripciones las hizo en un programa de radio: “no ver películas mudas ni musicales ni colombianas ni de Hollywood ni cine arte...”. El breve perfil de Aguirre escrito por el otro Aguirre está incluido en el libro *Espíritus libres. Egresados Universidad de Antioquia*, editado por Álvaro Cadavid (Medellín, Universidad de Antioquia, 2011, 141).



Azul y Lindy Márquez, Tiempo profundo. Mixta (Lápiz, acuarela, cabello sintético, reloj y papel cristal sobre papel canson), 30 x 24 x 7 cm, 2021, @azul.lindy



Azul y Lindy Márquez, Origen del vacío. Video-instalación (proyección, papel mylar y sonido de vientre materno), 17 x 9 x 3 m, 2019, @azul.lindy